

Los Valores Ocultos de la Diferenciación Sociolingüística Ligada al Género

Departamento de Filología Inglesa
Facultad de Letras
Campus de La Merced
Universidad de Murcia
30071 Murcia (Spain)
jacuti@um.es

ABSTRACT

In our study we discuss some of the contradictory interpretations which have been suggested in order to account for the patterns of gender differentiation in the field of variationist sociolinguistics. Starting from a brief comment on some of the findings of different sociolinguists, we look at some of the theories which have been proposed, suggesting that these are biased against women. We also propose the basic requirements of an account of gender differences in language use. Finally, we suggest a performative view of gender identity, which gives more importance to the social and normative dimension of individual linguistic behaviour. (KEYWORDS: variationist sociolinguistics, gender, interpretations, requirements, performative theory).

RESUMEN

En nuestro trabajo discutimos las interpretaciones contradictorias que se han formulado sobre los patrones de diferenciación genérica dentro del campo de la sociolingüística variacionista. Partiendo de una breve exposición de los hallazgos de distintos sociolingüistas, revisamos críticamente algunas de las teorías que se han propuesto, sugiriendo que éstas tienen un sesgo desfavorable para la mujer. También proponemos los requisitos mínimos para una explicación de las diferencias genéricas en el uso del lenguaje. Finalmente, sugerimos una visión performativa de la identidad de género que concede mayor importancia a la dimensión social y normativa del comportamiento lingüístico individual. (KEYWORDS: sociolingüística variacionista, género, interpretaciones, requisitos, teoría performativa).

INTRODUCCIÓN

Lejos empiezan a quedar ya los tiempos en que los roles de hombres y mujeres estaban claramente diferenciados. Tradicionalmente se había asumido que un auténtico universo de experiencias y sentimientos distintos separaban a ambos sexos, hasta el punto de situarlos en planetas diferentes. Sin embargo, cada día las fronteras entre lo masculino y lo femenino parecen debilitarse en el mundo de la publicidad, de la moda y de los medios de comunicación, por lo que los intentos de establecer claramente cuáles son los rasgos que configuran lo masculino y lo femenino se hacen cada vez más difíciles.

El mundo de la sociolingüística no ha sido ajeno al desarrollo de los estudios sobre el género. Se pueden distinguir dos ramas principales dentro del estudio de las relaciones entre género y uso de la lengua:

- **Aproximaciones discursivas.** Muchos investigadores se han centrado en el papel que hombres y mujeres desempeñan en la conversación. Algunos de ellos, como Fishman (1983) mantienen que el género condiciona las características de la interacción: los hombres se embarcan en una competición para mantener el control de la conversación mientras que las mujeres apoyan a los demás participantes y se encargan de que no se rompa la comunicación. También se han considerado otros aspectos como la interrupción, el uso de imperativos o de expresiones de duda, así como una serie de rasgos que Robin Lakoff definió como "lenguaje de la mujer" (Lakoff 1975) (para un resumen de estas distintas teorías, véase Graddol & Swan 1989: 69-89).

- **Aproximaciones variacionistas o Labovianas.** Nuestro trabajo se centrará en este tipo de estudios, en los que se investiga la influencia que el género del hablante ejerce sobre la elección de una u otra variante lingüística. Estas investigaciones se han llevado a cabo a nivel léxico (Almeida 1995), sintáctico (Cheshire 1982, 1998) y, de un modo más abundante, fonético-fonológico (Labov 1966, Trudgill 1973, Macaulay 1977, Jahangiri 1980, Haeri 1987, entre otros).

I. GÉNERO Y USO DE FORMAS VERNÁCULAS

Juan Manuel Hernández-Campoy define lo vernáculo como "la variedad de lengua local de una determinada comunidad de habla como opuesta a una lengua dominante o estándar" (1993: 242). A través de esta oposición entre formas locales y formas dominantes se expresa la diferenciación genérica: el habla de hombres y mujeres se caracteriza por una distribución desigual de formas vernáculos y estándares. Veamos algunos ejemplos de esta diferenciación en distintas culturas.

En primer lugar, es necesario reseñar el estudio pionero en sociolingüística que sobre el inglés hablado en Norwich realizó Peter Trudgill en 1974. Trudgill estudió, entre otras, la variable (ng) con sus dos posibles realizaciones: la estándar (RP) [ŋ] y la no estándar [ən]. Los

resultados (figura 1) son reveladores: las mujeres de todas las clases sociales utilizan menos formas vernáculas que los hombres como tendencia general. Resultados similares obtuvieron en el mundo anglosajón sociolingüistas como Labov (1966) o Macaulay (1977).

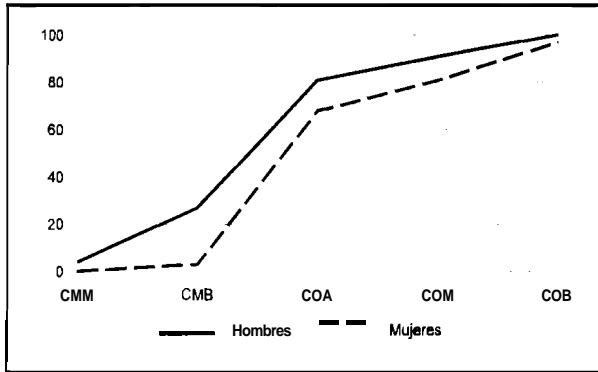


Figura 1. Porcentaje de uso de la variante no estándar según género y clase social

Sin embargo, este patrón de uso de las formas no estándares no está restringido al mundo occidental. Jahangiri (1980) llevó a cabo un estudio en Teherán tomando como informantes 40 hablantes de persa (figura 2). El objetivo era descubrir si existía alguna relación entre la asimilación de vocales en sílabas adyacentes (un rasgo no estándar), el nivel de educación y el género. Los resultados demostraron que, de un modo consistente, los hombres hacían uso de este rasgo no estándar mucho más que las mujeres en todos los niveles de educación.

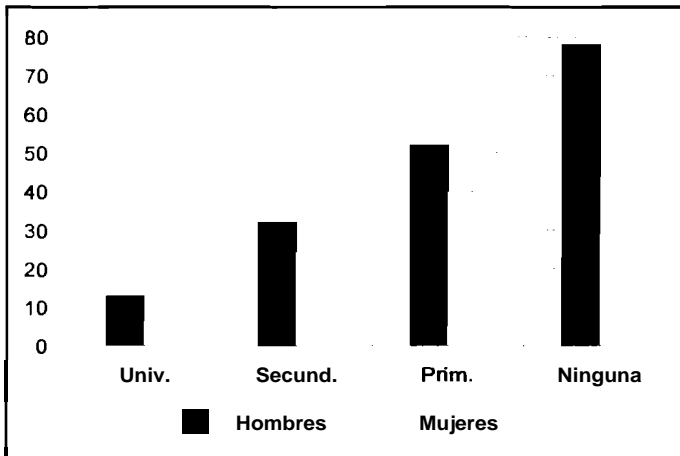


Figura 2. Porcentaje de uso de la asimilación vocálica en sílabas adyacentes (rasgo no estándar en persa) según género y nivel de educación.

La acumulación de datos coincidentes en los estudios cuantitativos llevados a cabo en todo el mundo es muy significativa. Las mujeres utilizan más formas estándares que los hombres casi sin excepciones. lo que ha llevado a que Chambers y Trudgill consideren este hallazgo como "el más consistente de todos los que han surgido de los estudios dialectales de la sociolingüística en el mundo industrializado occidental" (Chambers y Trudgill 1080: 72).

11. ALGUNAS EXPLICACIONES TRADICIONALES: MATERNIDAD Y STATUS

El acuerdo total en que las mujeres utilizan menos formas vernáculas que los hombres se rompe cuando llega el momento de proporcionar explicaciones para este fenómeno. El precursor de la línea variacionista de la sociolingüística, William Labov, señalaba simplemente que "las mujeres usan las formas más avanzadas en su habla informal y se corrigen más intensamente hacia el otro extremo en su habla formal" (Labov 1971: 301). Peter Trudgill fue uno de los primeros sociolingüistas que propuso una explicación basada en los hallazgos de sociólogos como Martin (1954) que sugerían que, en términos generales, las mujeres son más conscientes de su status que los hombres. Según Trudgill (1983: 167) hay tres razones principales por las que las mujeres son más conscientes de sus usos lingüísticos y sociales:

- Son las principales responsables de la educación de los hijos.
- La posición social de la mujer en nuestra sociedad es menos segura y por eso señalan su posición usando más formas prestigiosas.
- Mientras que los hombres son juzgados por su trabajo y su situación económica, las mujeres son evaluadas por su apariencia, y el habla es parte de su apariencia.

Esta explicación de Trudgill ha sufrido numerosas críticas. Holmes (1992: 173) se opone al argumento de la educación de los hijos porque es precisamente en las situaciones informales (la interacción madre-hijo es supuestamente una de ellas) donde se suele encontrar la mayor concentración de formas no estándares. Añade Holmes que incluso si admitimos que las mujeres utilizan formas estándares cuando se dirigen a sus hijos en la intimidad del hogar, quedaría por explicar por qué trasladan esa actitud lingüística a un contexto completamente distinto, esto es, a una entrevista formal con un desconocido (modo habitual de obtención de datos en sociolingüística).

También añade esta sociolingüista que, si el uso de formas estándares es el resultado de la carencia de trabajo, sería lógico pensar que las mujeres que tienen un trabajo utilizan más formas no estándares que las que no lo tienen. Sin embargo, se ha demostrado que precisamente las mujeres que tienen un empleo utilizan menos formas vernáculas (Holmes 1992: 172).

Dale Spender ataca con especial virulencia a Trudgill con las siguientes palabras: "Que Trudgill no tenga en cuenta el trabajo de la mujer y no lo valore no significa que las mujeres tampoco lo hagan o que estén intentando compensar por sus propias deficiencias y su invisibilidad mediante el uso de las formas más prestigiosas del inglés". (Spender 1980: 38). Aunque muy probablemente Spender se exceda en la crítica al sociolingüista británico, hay un punto básico en su alegato que deberíamos tener en cuenta: la idea de que tradicionalmente el comportamiento lingüístico de la mujer ha sido interpretado como la manifestación de una cierta deficiencia, ya sea de prestigio material, poder o influencia.

Milroy (1992) añade un argumento que en nuestra opinión es de gran importancia. Sugiere que el problema de la explicación de Trudgill es que se basa en la suposición de que clase social y género están tan íntimamente relacionados que cualquier diferencia genérica se explica por referencia a factores como 'posición social' y 'situación económica / laboral'. Se ha demostrado que éste no es el caso: los marcadores de clase y género pueden ser diferentes (Milroy 1992: 170).

11. EXPLICACIONES ALTERNATIVAS

A partir de esta primera explicación de Trudgill se han sucedido las críticas, las reformulaciones y el postulado de nuevas teorías. Intentaremos hacer un recorrido crítico por las principales interpretaciones que se han propuesto.

11.1. La teoría del mercado lingüístico

Penelope Eckert (1980, 1998) ha sugerido una explicación basada en la teoría del mercado lingüístico. Las mujeres intentan ser identificadas como miembros de un determinado grupo y tienen que recurrir al prestigio (es decir, a la autoridad inoral) porque se las priva de la autoridad material, tangible. El uso de formas estándares parece ser un buen modo de afirmarse como pertenecientes a un grupo de alta consideración social.

11.2. Participación en las redes sociales

Ha habido intentos de explicar el comportamiento lingüístico de la mujer en relación a su participación en las redes sociales, es decir, su integración y la función que desempeñan en la comunidad donde viven. Señala Milroy que "una estructura de red personal densa y múltiple puede predecir una cierta cercanía a las formas vernáculas" (Milroy 1980: 160).

Graddol y Swann (1989:64) citan el ejemplo del estudio de Patricia Nichols en el que se

analizaba el habla de una comunidad rural de color en una isla fluvial en Carolina del Sur. En el se estaba produciendo un cambio lingüístico en la dirección del inglés estándar liderado por las mujeres. La explicación de este fenómeno era que se había producido una modificación en la situación laboral de la mujer, que ahora desempeñaba empleos que exigían el uso del lenguaje para comunicarse con personas ajenas a su red social. Por el contrario, los hombres trabajaban mayoritariamente en la construcción y apenas tenían contacto con personas fuera de su red, lo que explicaba su mayor uso de formas vernáculas. Chambers (1995: 125-126) formula a este respecto un principio general: "En las sociedades en las que los roles de género están fuertemente demarcados de modo que un género tiene más contactos y una mayor movilidad geográfica, el habla del género menos limitado incluirá más variantes de los grupos sociales contiguos".

Sin embargo, es precisamente la máxima figura de la sociolingüística en el estudio de las redes sociales, Milroy, quien pone límite a las posibilidades explicativas de esta teoría, señalando que es posible que una variable lingüística sea simplemente un marcador de género, con independencia de la integración del hablante en la red social (Milroy 1980: 192).

III.3. Teoría de la propia imagen ('face theory')

Basándose en el principio de que los grupos subordinados tienen que ser corteses, Deuchar (1988) propuso una explicación de las diferencias de género que hacía uso de los conceptos de 'propia imagen' y 'cortesía'. Yule (1996: 60) define 'propia imagen' como "ese sentido emocional y social de uno mismo que todos tenemos y que esperamos que los demás reconozcan" y 'cortesía' como "los medios utilizados para mostrar que eres consciente de la imagen de otra persona". Lo que Deuchar sugiere es que en nuestra sociedad las mujeres tienen menos poder que los hombres, que son un grupo subordinado. Por lo tanto, se ven obligadas a mostrar respeto y, al mismo tiempo, intentan evitar dañar su propia imagen (es decir, su autoestima). Mediante el uso de formas estándares parecen satisfacer ambas necesidades: por un lado, se sitúan en una posición social simbólicamente alta al usar formas de prestigio; por otro lado, muestran respeto y acatamiento al grupo dominante.

Chambers señala que esta teoría tiene dos implicaciones que son difícilmente demostrables: por un lado, si la utilización de formas estándares por parte de la mujer es un modo de expresar cortesía hacia un grupo dominante (los hombres), por lógica deberían utilizar más formas estándares cuando se dirigieran a hombres y menos cuando se dirigieran a mujeres; en segundo lugar, las mujeres con poder real (primeras ministras, directoras, ejecutivas) deberían utilizar más formas no estándares que las mujeres privadas de una posición de influencia en la sociedad (Chambers 1995: 131). Si la primera de las dos implicaciones tendría que ponerse en duda hasta que se demostrara empíricamente, la segunda es claramente contraria al comportamiento lingüístico real de las mujeres que ocupan puestos de responsabilidad, que tienden a utilizar un mayor número de formas estándares.

III.4. Habilidad sociolingüística

La idea básica, discutida por Chambers (1995: 131-136) es que las mujeres son más capaces psicológicamente de acomodarse a distintas situaciones sociolingüísticas, lo que estaría relacionado con una supuesta superioridad verbal femenina. Existen, sin embargo, varios problemas con esta explicación. En primer lugar, es incapaz de explicar la interacción entre género y otras variables (como clase social, por ejemplo). En segundo lugar, esta teoría, además de basarse en dudosos fundamentos científicos, pasa por alto el hecho de que el género es un constructo social y no una manifestación biológica. En tanto que estudiamos un fenómeno que tiene más que ver con la construcción de la identidad que con la genética, las explicaciones deberían circunscribirse a las áreas de la psicología y la sociología.

IV.5. 'Sofisticación' y 'dureza'

Hudson (1996: 198) señala que el concepto de 'dureza' está relacionado con el trabajo manual y que es típico del comportamiento masculino (es decir, que está relacionado con el rol genérico masculino) mientras que la 'sofisticación' está relacionada con el trabajo intelectual y con el comportamiento femenino típico. Esto nos llevaría a la consideración de dos extremos arquetípicos: el hombre de clase trabajadora y la mujer de clase inedia. La representación que ofrecemos en la tabla 1 podría explicar por qué en el estudio de Glasgow de Macaulay (1977) las mujeres de clase trabajadora hacían un uso de formas no estándares muy similar al de los hombres de clase inedia: ambos mantienen el compromiso entre las connotaciones de dureza y sofisticación en su habla, aunque por distintos motivos: las mujeres, por lealtad de clase; los hombres, por identificación con su género.

Tabla 1. Caracterización en términos de 'dureza' y 'sofisticación' según género y clase social.	
Hombre de clase trabajadora	+ + 'duro'
Mujer de clase trabajadora	+ 'duro', + 'sofisticado'
Hombre de clase media	+ 'sofisticado', + 'duro'
Mujer de clase media	+ + 'sofisticado'

III.6. Teoría de la acomodación

Holmes (1992: 177) sugiere que las mujeres están más dispuestas a acomodarse al habla del entrevistador, presumiblemente de clase media, porque suelen ser más cooperativas en las

conversaciones que los hombres. Graddol y Swann (1989: 56) se sitúan en una línea similar y añaden que las preguntas utilizadas en las entrevistas tienen un cierto sesgo masculino. Muestran un extracto de uno de los fragmentos para la lectura incluidos en el estudio de Labov de 1966: "Supongo que a todos nos ocurre lo mismo: tu primer perro es como tu primera novia. Da más problemas que satisfacciones, pero no parece que se la pueda olvidar". Es razonable pensar que ser comparados con un perro no es un buen comienzo para una entrevista.

Sin embargo, estudios en los que no existían estos condicionantes e incluso en los que los datos se obtenían sin que los informantes fueran conscientes de que estaban siendo grabados (Cutillas Espinosa 2001) vienen a confirmar los mismos patrones de uso que estas entrevistas formales.

III.7. Propiedad

La idea original fue propuesta por Peter Trudgill (1974) y reformulada mucho más recientemente. Según esta teoría, la sociedad espera de las mujeres un mejor comportamiento. Trudgill ofrece el siguiente ejemplo: "Si un padre vuelve a casa borracho un sábado por la noche y vomita sobre la alfombra del salón, se ve inal. Pero si una madre hace lo mismo mucha gente lo vería peor" (Trudgill 1995: 72). Llevando esta lógica al comportamiento lingüístico, la sociedad sería mucho más permisiva con el uso de formas vernáculas por parte de los hombres que por parte de las mujeres. A ellas se les exige un "mejor" comportamiento lingüístico que se plasma en su mayor uso de formas estándares.

III.8. Prestigio encubierto y manifiesto

En un artículo publicado en 1972, Peter Trudgill comentaba el hecho curioso de que, preguntados los informantes de su estudio de Norwich por su uso de formas no estándares, los hombres tuvieran la tendencia a evaluarlo por encima de la realidad y las mujeres justo la contraria. Es decir, los hombres querían aparecer como usuarios de formas no estándares (por ello exageraban en la consideración de su uso) y las mujeres preferían evaluarse como usuarias de formas estándares.

Esto llevó a Trudgill a proponer dos tipos de prestigio: el *prestigio encubierto*, definido como "las connotaciones favorables que las formas no estándares, de bajo status o 'incorrectas' tienen para algunos hablantes" (Trudgill 1992: 20-21) y el *prestigio manifiesto*, que es aquel que poseen las formas estándares.

Los hombres se identificarían con los modelos de *prestigio encubierto*, basados en las connotaciones de masculinidad del habla de los hombres de la clase trabajadora, mientras que las mujeres seguirían los patrones de *prestigio manifiesto* (Trudgill 1972).

IV. ¿QUÉ PASARÍA SI UNA MUJER HABLARA COMO UN HOMBRE?

Las teorías que hemos expuesto se han centrado en explicar por qué utilizan las mujeres formas estándares, es decir, el cierto modo hemos estado justificando el comportamiento lingüístico femenino. Rosaldo (1974) comenta que las mujeres se ven como figuras anómalas en muchas culturas y quizá las explicaciones de las que hemos hablado estén sesgadas por creencias de este tipo. A teorías como la del "status", la teoría de la propia imagen o la "propiedad" subyace la idea de que es el comportamiento de la mujer el anómalo, el influenciado por su situación de desventaja en la sociedad.

Por todo ello quizá sea interesante plantearse no los motivos de las mujeres para utilizar formas estándares, sino sus motivos para no utilizar formas vernáculas. Con este ejercicio se evitarán caricaturas del comportamiento lingüístico y la posición social de la mujer, que se define tradicionalmente como materialmente insegura, ávida de status y prestigio, carente de poder y caracterizada por la sumisión a la autoridad establecida.

Eisikovits, en un estudio realizado en un centro de educación secundaria de una zona de clase obrera de Sydney, constató que las adolescentes tendían a aceptar las responsabilidades de la vida adulta antes que los hombres, mostrando un interés por adaptarse a las exigencias de la sociedad. Por el contrario, los chicos solían rebelarse ante la autoridad establecida en un intento de mostrar dureza y mala disposición a recibir órdenes:

Mientras que la predisposición de las chicas a aceptar normas sociales externas va en aumento - una conformidad reflejada en su disposición a modificar su habla según normas externas de prestigio - los chicos no son tan influenciados. De hecho, están aprendiendo a afirmarse, a expresar su oposición a la autoridad y los valores de la clase media - una oposición reflejada de modo similar en el mantenimiento e incremento de su uso de formas no estándares.

Eisikovits (1998: 50)

Esta afirmación de que las chicas son más proclives a aceptar la autoridad es especialmente sorprendente, puesto que la verdadera clave del comportamiento de ambos géneros la da la misma Eisikovits unas líneas antes, aunque sin llevar su afirmación a sus consecuencias lógicas: "[...] no es sólo que los chicos mayores sean menos conformistas que las chicas, sino que esta independencia recibe el apoyo tácito de sus padres y de toda la comunidad (Eisikovits 1998: 50). No es que las mujeres sean más conformistas y estén más dispuestas a aceptar las reglas de la sociedad, es que la sociedad no les va a consentir las mismas 'licencias' que a los hombres. Todos sabemos cuál es el correspondiente femenino de "Don Juan" o de "ligón", palabras con connotaciones muy favorables para los hombres pero inaceptables para una mujer. Todos sabemos que no es lo mismo ser un "golfo" (simpático, dicharachero y algo mujeriego) que una "golfa". No es lo mismo, en definitiva, ser rebelde, mal hablado o promiscuo que rebelde, mal hablada y promiscua.

En un estudio ciertamente sorprendente, Elizabeth Gordon (1997) afirmaba que las mujeres que utilizaban un número alto de formas vernáculas eran vistas como proclives a comportamientos sexuales promiscuos. Su análisis venía a avalar la idea de que la sociedad realiza juicios y, sobre todo, impone normas tácitas. El uso lingüístico de la mujer puede tener raíces en su carácter y en su identidad de género, pero no hay que olvidar que también existen mecanismos de imposición para aquellos que pretendan transgredir las normas. Uno de los motivos por los que las mujeres utilizan menos formas vernáculas que los hombres es precisamente que las consecuencias de un comportamiento en sentido contrario serían graves. Lo que en los hombres es propio y correcto se verá en una mujer como impropio, vulgar, grosero e incluso indicativo de una vida sexual desordenada.

V. REQUISITOS PARA UNA EXPLICACIÓN

Sería excesivamente ambicioso por nuestra parte lanzarnos directamente a sugerir una explicación para el fenómeno que estamos estudiando. Antes de aventurarnos a continuar propondremos los requisitos que debe reunir una explicación para poder considerarse como válida y no influida por condicionamientos de naturaleza social o sexista.

V.1. Normalización

Cualquier intento de explicación de las diferencias de género tiene que partir de la base de que tanto el comportamiento del hombre como el de la mujer son perfectamente normales, es decir, no se puede toinar el valor del habla del hombre como el "no marcado" para entonces lanzar conjeturas sobre los motivos de la desviación de la normalidad de la mujer. Es por ello que no nos parece satisfactoria la explicación del status y la educación de los hijos: la mujer tiene que justificar por qué utiliza más formas estándares, pero no se cuestiona por qué el hombre se inclina por las vernáculas.

V.2. Proporcionalidad

Las afirmaciones sobre el uso o no uso de formas vernáculas no pueden ser tajantes. Hay que tener siempre en cuenta que tanto hombres como mujeres utilizan formas no estándares. Podría dar la impresión de que la mujer es un ser sin raíces que da la espalda a los valores de lealtad lingüística y de clase. La pertenencia a una determinada comunidad de habla está perfectamente inarcada en el habla de hombres y mujeres, pero en distintas proporciones. Son precisamente las diferencias en esta proporción las que construyen las diferencias de género.

V.3. Dimensión social y normativa

Cualquier explicación de las diferencias lingüísticas según género tiene que considerar el papel de la sociedad en el establecimiento de los roles de comportamiento lingüístico. En ese sentido, la sugerencia de Trudgill (1995) sobre la 'propiedad' como explicación al mayor uso de formas estándares por parte de la mujer es bastante acertada. La sociedad permite a los hombres comportamientos que están vedados a la mujer. Cualquier explicación sobre el uso de formas vernáculas según género tiene que considerar que la sociedad establece lo que es propio o impropio y, en ese sentido, es una explicación en sí misma de las diferencias apreciables en el habla de hombres y mujeres.

V.4. Interacción con otras variables

Señala Eckert (1998) que el género no puede aislarse de otras variables, tales como la clase social, que se combinan con él y condicionan su comportamiento. Una consecuencia de esta afirmación es que no se pueden formular explicaciones excesivamente restrictivas. La aproximación ideal tendrá que ser capaz de incluir todas aquellas modificaciones que factores como la clase social o la estructura de red social puedan causar en los mecanismos de diferenciación genérica.

V.5. Compatibilidad

Si algo nos enseña la profusión de teorías sobre género y uso de formas vernáculas es que en cada caso estudiado existen implicaciones particulares y situaciones específicas que se explican mediante teorías aplicables a ese caso concreto. Una teoría sobre algo tan complejo como el comportamiento lingüístico según género tiene que dar cabida a distintos grados de concreción, desde lo más específico (y explicativo) hasta lo más concreto. En ese sentido, no debería ser radicalmente incompatible con explicaciones (más que razonadas) a patrones concretos hallados en las diversas investigaciones llevadas a cabo hasta el momento.

VI. UNA POSIBLE EXPLICACIÓN: LA PERFORMATIVIDAD

En lingüística estamos acostumbrados a hablar de verbos *performativos*, entendidos como aquellos verbos que realizan al enunciarla la acción que expresan: "*lo juro*", "*lo prometo*", "*os declaro marido y mujer*", entre otros. En 1990, la filósofa Judith Butler publicó un libro de gran impacto titulado *El problema del género: Feminismo y subversión de la autoridad* en el que

aplicaba el concepto de performatividad a la definición de género. Según ella, el género no es algo preexistente que se expresa a través del lenguaje, sitio que es resultado de nuestras acciones, nuestras actitudes y nuestro modo de hablar. Cameron (1998: 371) lo resume con claridad: “[...] “femenino” y “masculino” no son lo que somos, ni rasgos que tenemos, sino efectos que producimos por medio de cosas concretas que *hacemos*”. Recordemos el significado del verbo *perform* en inglés: actuar, representar (en un teatro). A través del lenguaje hombres y mujeres representarían el papel genérico que les ha sido asignado. La aplicación de esta teoría a nuestro ámbito de interés queda especialmente clara en el artículo ya citado de Deborah Cameron:

Mientras que la sociolingüística asume tradicionalmente que la gente habla en el modo en que lo hace por quienes (ya) son, la aproximación posmodernista sugiere que la gente es quien es a causa de (entre otras cosas) el modo en el que hablan. Esto desvía la atención del simple catálogo de diferencias entre hombres y mujeres a una búsqueda más sutil y compleja sobre cómo se utilizan los recursos lingüísticos para producir la diferenciación genérica. También nos obliga a prestar atención al ‘rígido esquema regulador’ dentro del cual la gente tiene que tomar sus decisiones - las normas que definen qué tipos de lenguaje son recursos posibles, inteligibles y apropiados para representar la masculinidad o la femineidad. [...] Butler [...] no reduce a hombres y mujeres a autómatas [...] sino que los trata como agentes conscientes que pueden - aunque con un cierto coste social - involucrarse en actos de transgresión, subversión y resistencia. [...] hombres y mujeres pueden utilizar su conocimiento de los significados genéricos que se unen a tipos particulares de habla y actuar para producir diversos efectos.

Cameron (1998: 272)

La cita de Cameron es especialmente relevante para nuestra discusión. En primer lugar, nos permite considerar que el comportamiento lingüístico de hombres y mujeres puede ser en ocasiones, no reflejo de su condición, sino un modo de ‘crear’ su condición, de representar cara a la galería un comportamiento que sea visto con aprobación por la sociedad y al mismo tiempo de reforzar la propia identidad de género. Así pues, el uso o no uso de formas vernáculas puede ser, tanto en el caso del hombre como en el de la mujer, un modo de ‘fabricar’ un habla con tintes de género. Ya Trudgill había contemplado esta posibilidad cuando se refería en su artículo de 1972 a las connotaciones de masculinidad del habla de la clase obrera. El concepto de *prestigio encubierto* podía reinterpretarse como “guión de masculinidad”. Sin embargo, en el caso de las mujeres se recurría directamente a la suposición de que se sentían atraídas por los valores estándares, sin considerar que quizá ellas también estuvieran siguiendo un “guión de femineidad” consistente en un mayor uso de formas estándares.

El concepto de *performatividad* es especialmente relevante en tanto que no presupone un esquema rígido que los hablantes deban seguir. La transgresión de las normas de género puede producirse si así se evita otra transgresión de mayor importancia (por ejemplo, un hombre utilizará formas vernáculas pero evitará sonar ridículamente local; utilizará formas vernáculas pero no hasta el extremo de identificarse con una clase social más baja que la propia). Lo que

explicaría la intersección de la variable género con otras como edad, clase social o red social. La intensidad de las violaciones de estas reglas sociales puede también depender de lo predisposto que esté el hablante a aceptar las consecuencias de una actitud transgresora (por ejemplo, de lo preparado que se esté para que se diga de él que habla como una nena o de ella, que habla como un camionero). Con estos elementos podemos incluso atrevernos a proponer una explicación.

Empecemos por considerar que existen una serie de normas sociales sobre lo que son los roles de género de hombre y mujer. Los hombres deben ser duros y primarios en muchos sentidos: las mujeres deben ser sensibles y sofisticadas. Si tanto los hombres como las mujeres quieren ser lo que la sociedad espera de ellos, tendrán que crear una imagen de género que se corresponda con tales expectativas (a las que podríamos denominar "guión de género"). Dentro de ese "guión" tanto hombres como mujeres tendrán capacidad de elección, podrán construir una imagen de género personalizada que posteriormente entra en interacción con otras normas (en el caso del lenguaje, concernientes a conceptos como clase social, lealtad lingüística, estilo, etc...). El resultado es un comportamiento lingüístico que es aceptable para la sociedad. Por supuesto que el individuo puede atreverse a transgredir las normas de género (y de cualquier otro constructo social). Se abrirán también distintas posibilidades de elección y el resultado será un comportamiento lingüístico determinado que podría acarrear represalias. El hombre que acepta el guión de género de la sociedad (con mayor o menor agrado) se identifica con el habla de la clase trabajadora o al menos la utiliza como elemento constructor de su masculinidad; las mujeres utilizan el habla más sofisticada y con connotaciones de mayor delicadeza, de mayor refinamiento, construyendo así una imagen de femineidad aceptable. Se produce, pues, la interacción entre las expectativas sociales y la elección personal restringida por éstas últimas. El grado de transgresión o identificación con las normas sociales dependerá de cada individuo, pudiendo también producirse un comportamiento lingüístico acorde con las expectativas sociales que encubra una inconformidad con éstas, inconformidad que permanece oculta por miedo a las posibles represalias.

Quedan así descartadas muchas explicaciones. Otras pueden reinterpretarse. Las teorías de Trudgill sobre la propiedad y el prestigio encubierto encajan plenamente, con modificaciones, como aspectos particulares de la teoría general que hemos desarrollado: lo que se considera adecuado como representación de la identidad genérica masculina (uso de formas vernáculas) puede verse mal en el caso de la mujer (que se ve obligada a elegir entre la transgresión o el respeto a la norma y el consiguiente uso de más formas estándares).

La explicación también satisface los requisitos que nos planteamos en este mismo trabajo. Respeto el de *normalización* porque no asume un comportamiento desviado por parte de la mujer, ni esencialmente distinto en cuanto a sus motivaciones últimas del de los hombres. Es consecuente con el de *proporcionalidad* en tanto que las divisiones estrictas no son necesarias, dentro del guión de género cabe una mayor o menor aproximación al modelo propuesto.

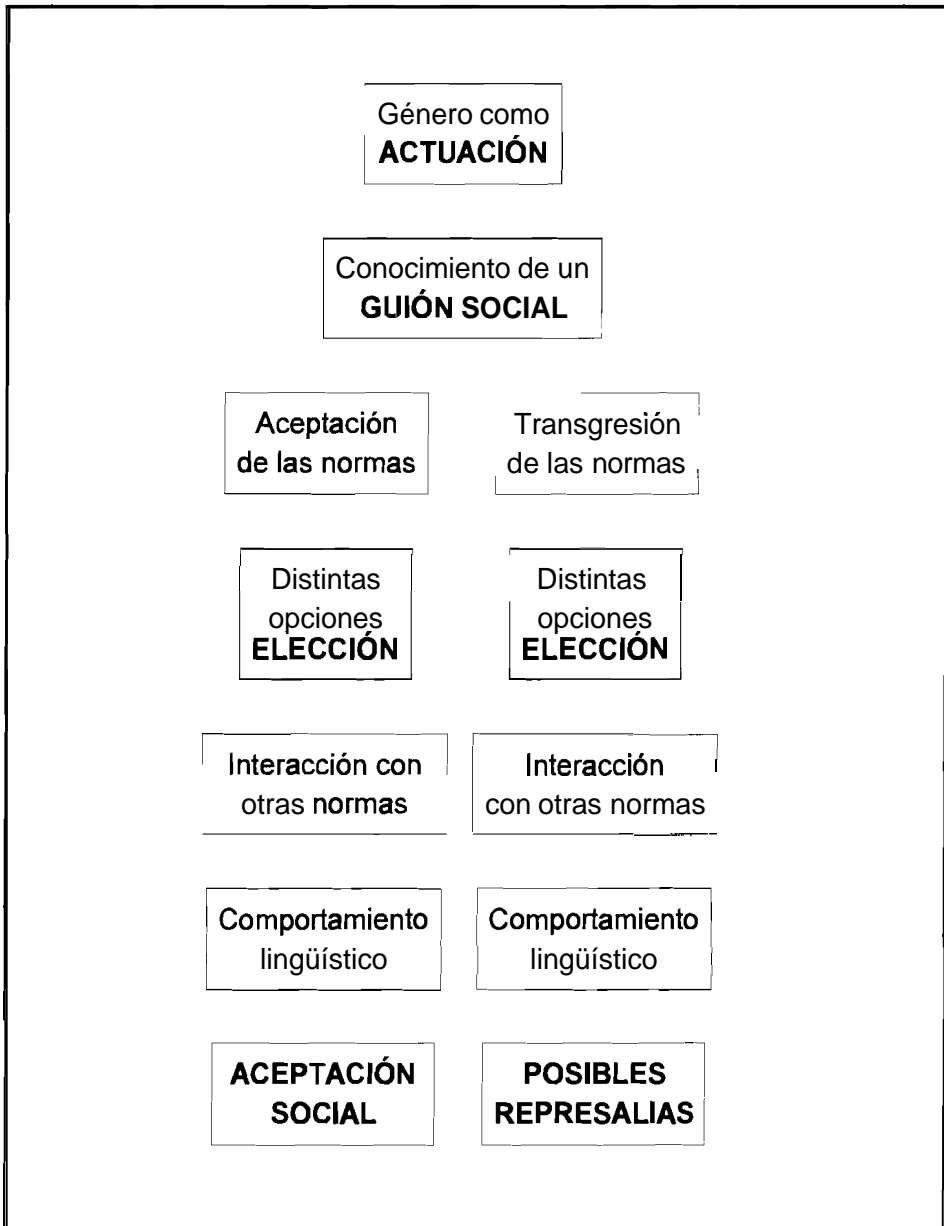


Figura 3. Representación esquemática de un modelo performativo de interpretación de las diferencias genéricas.

Por otro lado, es una explicación que da gran importancia a la *dimensión social y normativa*, en tanto que reconoce y pone en lugar preeminente el papel desempeñado por la sociedad en la imposición de las normas, estableciendo un límite a la capacidad de elección del hablante. Es respetuosa con la posibilidad de *interacción con otras variables* que, en un determinado momento, pueden imponerse sobre la de género. Es por ello que un hombre de clase media alta utiliza más formas estándares que una mujer de clase obrera sin menoscabo de su masculinidad. Otra norma social está determinando en este caso cuál es el comportamiento lingüístico adecuado para la construcción de una identidad de clase. Por último, esta explicación respeta el principio de *compatibilidad* en tanto que no excluye otras sugerencias que se han realizado. Al contrario, desde esta perspectiva pueden reinterpretarse muchas teorías tradicionales que, una vez desprovistas de matices potencialmente sexistas, pueden ser instrumentos explicativos perfectamente útiles.

CONCLUSIÓN

Queríamos dedicar la conclusión a plantearnos cómo pueden afectar a los mecanismos de construcción de la identidad de género los cambios sociales que se producen constantemente. Las afirmaciones que hemos hecho hasta ahora sobre normas sociales y posibilidades de elección son aplicables todavía a muchos contextos, pero hay toda una serie de factores que podrían borrar o transformar significativamente las barreras de género. Cabe preguntarse cuáles serán las consecuencias lingüísticas de fenómenos como los que enumeramos a continuación:

- La aparición del **nuevo hombre** que se rige por un guión distinto en el que la dureza y la insensibilidad ya no se consideran positivas. Es dudoso incluso que este nuevo hombre exista fuera de la imaginación de los publicistas de lo políticamente correcto, pero sí es cierto que se impone la imagen amable, sensible y colaboradora en las labores del hogar y la educación de los hijos. El modelo de hombre duro y ligeramente cavernario todavía cautiva a algunas mujeres, pero va perdiendo enteros ante una sociedad en la que ni es poseedor en exclusiva del poder económico ni puede imponerse por la fuerza sobre la mujer. ¿Cómo hablará este 'nuevo hombre'? ¿Como los modelos de clase obrera o con un viraje significativo hacia el estándar?. Y si así fuera, ¿por qué medios se mantendría la diferenciación de los roles de género (si es que se mantiene)?.
- El debilitamiento de la necesidad de reivindicar lingüísticamente una identidad heterosexual, que tradicionalmente había sido esencial para la construcción del género masculino (véase el artículo de Cameron, 1998). La orientación sexual se ha convertido en un aspecto más de la personalidad que ya no se toma como bandera, ni como motivo

de especial afirmación o justificación, al menos en el 'discurso oficial'. ¿Cómo influirán estos cambios en el comportamiento lingüístico de la comunidad?

• La **nueva mujer**, que trabaja fuera del hogar y en labores antes reservadas a los hombres. Una mujer más agresiva, más competitiva. ¿Cómo se plasmará este nuevo modelo lingüísticamente?. ¿Afectará al guión lingüístico femenino tal y como está establecido?.

Hemos sugerido muchas preguntas que podrían llevar a futuras investigaciones. Lo más interesante del tema que nos ha ocupado es que no se puede hablar de fronteras estáticas entre hombre y mujer, sino de construcción de identidad dentro de las opciones existentes o aceptables según el contexto social. El cambio social provoca también cambio en la ubicación de estas fronteras y en los rasgos que pasan de ser marcadores inteligibles de identidad genérica a meros rasgos comunes a ambos géneros. Se presenta ante los investigadores un campo inagotable en el continuo rastreo de los mecanismos lingüísticos involucrados en la construcción del género.

BIBLIOGRAFÍA

Almeida, M. (1995). "Lengua y Sexo en una Comunidad Canaria". En: Actes du VI Colloque de Linguistique Hispanique, Université de Toulouse - Le Mirail, p. 111-120.

Butler, J. (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.

Cameron, D. (1998). "Performing Gender Identity: Young Men's Talk and the Construction of Heterosexual Masculinity". En: Coates, J. (1998).

Chambers, J.K. (1995). *Sociolinguistic Theory*. Language in Society Series, 22. Oxford: Blackwell.

Chambers, J.K. y Trudgill, P. (1980). *Dialectology*. Cambridge Textbooks in Linguistics. Cambridge: CUP.

Cheshire, J. (1982). *Variation in an English Dialect: A Sociolinguistic Study*. Cambridge: CUP.

Cheshire, J. (1998). "Linguistic Variation and Social Function". En Coates, J. (1998).

Coates, J. (ed) (1998). *Language and Gender. A Reader*. Oxford: Blackwell

- Cutillas-Espinosa, J.A. (2001). "Variación Genérica. Edad y Prestigio Encubierto en Fortuna (Murcia)". En Jiménez Cano, J.M. (ed), *Estudios sociolingüísticos del dialecto murciano*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Deuchar, M. (1988). "A Pragmatic Account of Women's Use of Standard Speech". En: Coates & Cameron (ed) *Women in their Speech Communities: New Perspectives on Language and Sex*. Londres: Longman.
- Eckert, P. (1998). "Gender and Sociolinguistic Variation". En Coates, J. (1998).
- Eisikovits, E. (1998). "Girl-talk / Boy-talk: Sex Differences in Adolescent Speech". En: Coates, S. (1998).
- Fishman, P.M. (1983). "Interaction: The Work Women Do". En: Thorne, B., Kramarae, C. y Henley, N. (eds) *Language, Gender and Society*. Rowley, Mass: Newbury House.
- Gordon, E. (1997). "Sex, speech and stereotypes: Why women use prestige forms more than men". *Language in Society* 26: 47-63.
- Graddol, D. & Swann, S. (1989). *Gender Voices*. Oxford: Blackwell
- Haeri, N. (1987). "Male / Female Differences in Speech: An Alternative Interpretation". En: Denning, K.M., Inkelas, S., McNair-Knox, F.C. y Rickford, J.R. (eds.) *Variation in Language: NWAV-17 at Stanford*. Stanford, California: Department of Linguistics, Stanford University.
- Hernández-Campoy, S.M. (1993). *Sociolingüística británica. Introducción a la obra de Peter Trudgill*. Barcelona: Octaedro.
- Holmes, J. (1992). *An Introduction to Sociolinguistics*. London: Longman.
- Hudson, R.A. (1996). *Sociolinguistics*. Cambridge: CUP
- Jahangiri, N. (1980). "A Sociolinguistic Study of Persian in Teheran". Tesis doctoral de la Universidad de Londres.
- Labov, W. (1966). *The Social Stratification of English in New York City*. Washington D.C.: Center for Applied Linguistics.

- Labov, W. (1972). *Sociolinguistic Patterns*. Oxford: Blackwell
- Lakoff, R. (1975). *Language and Woman's Place*. Nueva York: Harper and Row
- Macaulay, R.K.S. (1977). *Language, Social Class and Education: A Glasgow Study*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Martin, F.M. (1954). "Some Subjective Aspects of Social Stratification". En: Glass (ed) *Social Mobility in Britain*. Londres: Routledge.
- Milroy, L. (1980). *Language and Social Networks*. Oxford: Blackwell.
- Milroy, L. (1992). "New Perspectives in the Analysis of Sex Differentiation in Language". En: Botton, K. (ed) *Sociolinguistics Today*. Londres: Routledge.
- Nichols, P. (1998). "Black Women in the Rural South: Conservative and Innovative". En: Coates, J. (1998).
- Rosaldo, M. (1974). "Women, Culture and Society: A Theoretical Overview". En: Rosaldo, M. y Lamphere, L. (eds) *Women, Culture and Society*. Palo Alto: Stanford University Press.
- Spender, D. (1980). *Man Made Language*. Londres: Routledge
- Trudgill, P.J. (1972). "Sex, Covert Prestige and Linguistic Change in the Urban British English of Norwich". *Language in Society* 1, pp. 179-195.
- Trudgill, P.J. (1974). *The Social Differentiation of English in Norwich*. Cambridge: CUP
- Trudgill, P.J. (1983). *On Dialect: Social and Geographical Perspectives*. Oxford: Blackwell.
- Trudgill, P.J. (1992). *Introducing Language and Society*. Londres: Penguin.
- Trudgill, P.J. (1995). *Sociolinguistics: An Introduction to Language and Society*. Londres: Penguin.
- Yule, G. (1996). *Pragmatics*. Oxford: OUP